

José Luis Téllez

MUSICA RESERVATA

Y OTROS ESCRITOS MUSICALES

Prólogo de Stefano Russomanno



fórcola

José Luis Téllez, *Música reservata y otros escritos musicales*. Prólogo de Stefano Russomanno, Madrid, Fórcola, 2019, 482 págs.

Me van a permitir un recuerdo personal. Durante mis primeros años en España —llegué en 1997— la radio fue una de mis principales compañeras. La mayor parte del tiempo lo pasaba en casa, pues mi trabajo consistía sobre todo en escribir en el ordenador. No tenía televisor y todos mis discos se habían quedado en Italia; tampoco mis finanzas me consentían asistir de forma

regular a conciertos. La única manera que tuve para saciar mi hambre de música y sortear posibles crisis de abstinencia fue la radio. Por ello, me convertí en aquella época en un asiduo oyente de Radio Clásica. Había días en los que llegaba a escuchar hasta diez horas de radio, desde por la mañana hasta bien adentrada la noche. Dos programas estaban en lo más alto de mis preferencias: *Musica reservata* de José Luis Téllez y *El mundo de la fonografía* de José Luis Pérez de Arteaga. El primero contaba con la ventaja de la franja nocturna —elemento propiciador de la escucha y la reflexión— y se convirtió enseguida para mí en una cita esperada e irrenunciable.

Como su título indicaba, *Musica reservata* era un espacio dedicado a piezas ajenas a aquello que solemos clasificar con la etiqueta de «gran repertorio». La parte más conspicua de sus contenidos la conformaba la música del siglo xx —en su más exhaustiva variedad de estilos, corrientes y cronologías—, aunque con frecuencia se escuchaban obras de la época renacentista, barroca y medieval. Clasicismo y Romanticismo desempeñaban —sobre todo el segundo— el papel de Cenicienta, lo cual no impedía que un cuarteto de Haydn o una sinfonía de Chaikovski asomasen de vez en cuando como si de rarezas exóticas se tratara. Todo ello justificado siempre desde perspectivas nada obvias.

La cita con *Musica reservata* era un Jardín de las Delicias que, al final del día, me deparaba tesoros suculentos y desconocidos. Yo consideraba tener una buena cultura musical (y creo que sí la tenía) y, no obstante, en cada programa siempre había al menos dos piezas que escuchaba por primera vez. Recuerdo todavía con cierta emoción cuando descubrí las *Prophetiae Sibyllarum* de Orlando di Lasso, o el ciclo *Spiegel* de Friedrich Cerha, de quien sólo sabía en aquel entonces que había terminado el Acto 111 de la *Lulu* de Alban Berg.

El otro gran atractivo del programa eran los comentarios que acompañaban cada obra. Además de poseer un conocimiento profundo de la materia, Téllez ahondaba en aspectos a veces muy técnicos de la partitura con auténtico afán esclarecedor y hondura analítica. No eran los suyos comentarios al uso, de esos que hacen bulto con retahílas de nombres, fechas y acontecimien-

tos biográficos, sino observaciones que iban directas al corazón de la pieza. En *Música reservata* la obra iba por delante del compositor, lo cual representa una perspectiva hermenéutica muy sabia, cuya aplicación en un espacio radiofónico requiere de unas dotes comunicativas notables.

Si evoco aquí estas circunstancias personales es, en primer lugar, para expresar hacia José Luis Téllez una gratitud que, imagino, comparten conmigo muchos oyentes por encima de la cuarentena y cuya pasión por la música clásica se combina con una perversa adicción a la radio. Por supuesto, el Téllez radiofónico no agota al Téllez comunicador, el que desde hace décadas se prodiga en su tarea de divulgación musical a través de libros, artículos en la prensa, seminarios, conferencias, sin descuidar el medio televisivo, como presentador de óperas y conciertos en TVE. A ello hay que añadir sus amplios intereses cinematográficos —ya antologados en el libro *Paisajes imaginarios* (Cátedra, 2013)— y su más reciente dedicación a la creación literaria, plasmada en los cuarenta y siete relatos breves de *La contraseña del infinito* (Renacimiento, 2018).

Los textos aquí recogidos proceden en su mayoría de la sección que, desde el año 2002, Téllez tiene mensualmente en Scherzo bajo el título de *Música reservata*, un espacio que se ha convertido con el paso del tiempo en una de las señas de identidad de la revista. La selección de estos artículos ofrece una imagen más ecuánime y equilibrada del autor con respecto a su *Música reservata* radiofónica. Si en aquel caso un oyente adventicio habría podido tomar a Téllez por un coleccionista exquisito de músicas infrecuentes, su *Música reservata* en versión papel nos muestra todo el abanico de sus aficiones, gustos e inclinaciones. Que no sólo no excluyen el llamado «gran repertorio», sino que lo sitúan muy a menudo en el centro de sus investigaciones. Para constatarlo, basta en realidad con hacer un breve repaso a su bibliografía y recordar sus estudios sobre *La traviata* (publicado allá por 1992 y recientemente reeditado), la trilogía Mozart-Da Ponte (Eleuve, 2007) o el iluminante ensayo sobre *Il trovatore* incluido en el volumen *Stride la vampa!*, que apadrinó en 2009 la ABAO.

Una materia tan multiforme reclamaba unas pautas mínimas de ordenación. Aun así, la primera sección del libro, «Silva de varia lección», tiene una declarada vocación miscelánea que abarca desde Tomás Luis de Victoria hasta Federico Chueca. Dentro de su heterogeneidad, abunda en ella un recurso que Téllez sabe manejar como pocos: tomar como punto de partida un concepto, tema, reflexión, cita o anécdota, y a partir de ahí trazar un camino transversal por épocas, autores y estilos aparentemente dispares, iluminando afinidades ocultas. Ejemplar en este sentido es el artículo «La música sin música», que arranca con el *Boléro* de Ravel para, a renglón seguido, convocar en rápida sucesión las figuras de Wagner, Rossini, Reich, Scelsi, Mendelssohn, Bach y Webern. Es ésta, quizá, la sección en donde con más claridad afloran algunas de las singulares querencias de Téllez: el cine por supuesto, pero también el psicoanálisis (Freud, Lacan), el estructuralismo (Lévi-Strauss) y la semiótica (Barthes). Más acotado es en cambio el contenido de las siguientes secciones: «Sobre Verdi y Wagner» y «Operismos». «Erstarrte Musik» ahonda en los paralelismos entre música y arquitectura; «Imágenes de la vanguardia» se centra en las vanguardias del siglo xx; «Quasi aforística» es una suerte de diario que reúne breves reflexiones musicales de varia índole.

La segunda parte recoge cuatro textos de mayor extensión. Me limito a citar el primero de ellos, «Actualidad de Rossini», porque encuentro en sus renglones a Téllez en su esencia más pura. El ensayo es una hábil disección del estilo de Rossini en busca de rasgos proféticos de modernidad, que puntualmente se ven reflejados en las obras de Eotvos, Schonberg, Riley, Debussy, Berg, Boulez, Berio y Pettrassi. En un ejercicio exegético tan virtuosístico como frenético —y muy rossiniano, por lo tanto—, Téllez nos lleva por continentes muy distintos casi sin bajar del avión, en un viaje que se erige en metáfora de su propio trabajo, y de algo más.

Cada música y cada reflexión sobre la música, aunque realizadas en un momento y en un lugar concreto y en torno a un tema definido, no dejan de remitir a un continuo a la vez deslumbrante y opaco. Un cuarteto de Beethoven, un ballet de Stravinski o una misa de Dufay

son los puntuales afloramientos, en la corriente de la Historia, de un flujo ininterrumpido cuyas rupturas son más aparentes que sustanciales. Aprendemos a entender las músicas por lo que de diferente tienen entre ellas, lo cual tiene por su puesto su importancia metodológica, pero de esa manera tendemos a perder de vista algo esencial, una especie de núcleo primordial que es el motivo por el que en el fondo la música nos emociona más allá de épocas, estilos, lenguajes y geografías.

La recurrencia de gestos y arquetipos sonoros -hábilmente disfrazados y variados a lo largo del tiempo- es el tejido conectivo que, a modo de red, recorre y une las múltiples transformaciones del misterio que llamamos música. Estoy cada vez más convencido de que la grandeza de un «glosador» —y Téllez lo es en sumo grado—

consiste en desvelar estas conexiones invisibles, y a su vez crearlas.

Si cada texto es en sí mismo un paradigma de erudición, sutileza argumentativa y apasionamiento por la materia, una vez reunidos en un volumen los artículos de *Música reservata* adquieren una perspectiva nueva y reveladora. Son los eslabones de una cadena que no tiene principio ni final, fragmentos de un discurso ininterrumpido en el que cada parte refleja las demás. Tal vez la mejor manera de aproximarnos a la música sea ésta: dibujando círculos a su alrededor, pues —lo señala muy acertadamente Téllez en un momento del libro— la obra de arte no trata de expresar nada en concreto, sólo busca seducirnos.

Stefano Russomano